

puesto que tenía el presentimiento de que no se presentaría...

Habíamos preguntado por ella, primero á algunas mujeres que yo calculé que serían poco más ó menos de su edad, y después á todas las que nos encontrábamos:

—Está en la plaza del Comercio, nos contestó una de ellas: llevad con vosotros á mi nieta, que es esta que aquí veis, añadió señalando á una muchachuela salvaje, y ella que la conoce os la indicará. Cuando la hayais encontrado enviad á la niña para casa.

### XXXVIII

#### EN LA PLAZA DEL COMERCIO

La bulliciosa y alegre calle estaba ocupada en todos sentidos por tiendas y almacenes de chinos: comerciantes cuyos ojos son pequeños, redondos y vivos, que ostentan largas trenzas de pelo, y venden á la multitud te, frutas, pastas y golosinas. Había allí, bajo los cobertizos y galerías de las tiendas, coronas de flores, de *pandanus*, y de *tiaré*, que embalsamaban la atmósfera; los tahitianos circulaban por entre

las tiendas cantando; multitud de lucecitas, á la moda de Celeste Imperio, alumbraban las portátiles tiendas, colgando de sus puertas, ó pendiendo de las gruesas y frondosas ramas de los árboles. Era aquella una de las noches más hermosas de Papeete, todo allí era alegre, y sobre todo original. Se percibía en la atmósfera una extraña mezcla de olores chinos, de sándalo y de *monoi*, y de suaves perfumes de gardenias y de naranjos.

La noche avanzaba sin que nosotros hubiéramos logrado nada. La pequeña Tehamana, nuestra guía, no había conseguido reconocer á Taimaha en ninguna de las mujeres que habíamos encontrado en nuestro camino; no ciertamente porque hubiera dejado de mirarlas á todas con singular cuidado.

Hasta el nombre de Taimaha era desconocido por completo por todas aquellas á quienes habíamos preguntado por ella; pasábamos y repasábamos, por entre todos aquellos grupos de gentes que nos miraban con extrañeza, tomándonos quizás por locos. Mis propósitos se estrellaban ante la imposibilidad de encontrar lo que iba siendo ya un misterio para mí; cada minuto que transcurría aumentaba mi impaciencia y mi tristeza.

Después de una hora de idas y venidas en uno de los sitios más apartados y oscuros, bajo grandes mangos negros, la pequeña Tehama-

na se detuvo de pronto delante de una mujer que estaba sentada en el suelo, con la cabeza entre las manos, y que dormía al parecer.

—¡Tera! (¡Esta es!) exclamó la muchacha.

Entonces, vivamente y con curiosa ansiedad, me acerqué á ella inclinándome para verla mejor.

—¿Eres tú, Taimaha? la pregunté, temblando de miedo á que me contestara que no.

—Sí, respondió ella sin moverse.

—¿Eres Taimaha la mujer de *Rouéri*?

—Sí—repitió levantando perezosamente la cabeza,—yo soy Taimaha, la mujer de *Rouéri* el marino, «cuyos ojos duermen» (*mata moé*); es decir, que no existe...

—Yo soy Lotí, el hermano de *Rouéri*. Sígueme adonde podamos hablar sin que nos molesten.

—¿Tú? ¿Su hermano?—dijo sencillamente mostrando apenas sorpresa; pero con tanta indiferencia, que me quedé confundido y lamentando ya haber llegado á remover aquellas cenizas para no encontrar bajo ellas más que trivialidad y desencanto.

Sin embargo, se había levantado para seguirme. Cogí por la mano á una y otra, á Rarahu y á Taimaha, y me alejé con ellas huyendo de aquella multitud tahitiana en la cual ya nadie me interesaba...

## XXXIX

## REVELACIONES .

En un sendero solitario, adonde llegaba aún el lejano ruido de la multitud, bajo los árboles, Taimaha se detuvo y se sentó.

—Estoy cansada, dijo con mucha calma y perezosamente, á Rarahu; dile que me hable aquí, que no doy un paso más: ¿de veras es su hermano?...

En aquel momento, una idea que no me había ocurrido hasta entonces, cruzó por mi mente.

—¿Has tenido algún hijo de *Rouéri*? la pregunté.

—¡Sí! me contestó después de corta vacilación, pero con voz segura sin embargo: ¡Sí, dos!...

Permanecimos gran rato silenciosos, después de esta inesperada revelación. Una multitud de pensamientos se despertaban en mí, pensamientos desconocidos, impresiones tristes é intraducibles.

Hay ciertas situaciones en la vida en las

cuales es imposible expresar con la palabra la alegría que uno siente, ó la emoción que le embarga. El encanto del lugar, las influencias misteriosas de la naturaleza, avivan ó transforman las emociones, y no es posible poder expresarse sino de una manera muy imperfecta.

XI.

Una hora después, Taimaha y yo abandonábamos á Papeete, en donde todo el mundo dormía; las horas de tertulia de esta última noche en que el *Rendez* debía estar allí anclado habían transcurrido ya, y muchos marineros de á bordo se habían encerrado en las cabañas tahitianas, seguidos de bulliciosas y alegres bandadas de muchachas. Un viento impregnado de seducción y de voluptuosidad, pasaba sobre aquel país, como acontece siempre allí después de las noches de grandes fiestas.

Pero yo estaba bajo el imperio de emociones profundas, y había, por el momento, hasta olvidado á Rarahu...

Rarahu había regresado sola, á nuestra querida chocita, y en ella me esperaba llorando; yo debía volver por última vez durante la noche.

Caminábamos, uno al lado del otro, Taimaha y yo, siguiendo con paso ligero la oceánica playa.

Fina lluvia, la lluvia tibia de los trópicos, iba calando rápidamente nuestras ropas; Taimaha, indolente y silenciosa, dejaba arrastrar por el lodo la larga *tapa* de muselina blanca que iba señalando su paso.

No se oía en el gran silencio de la media noche más que el monótono ruido de las olas que iban á romper sobre el coral.

Sobre nuestras cabezas, grandes palmeras inclinaban sus flexibles tallos, y en el horizonte, los picos de la isla de Moorea se dibujaban ligeramente por encima de la llanura azul del Pacífico, á la indecisa luz de la luna.

Fijé entonces mis ojos en el rostro de Taimaha, y me quedé admirado; era, á pesar de sus treinta años, un tipo completo de la raza *maorí*. Sus cabellos negros caían en largas trenzas sobre su blanco traje, y la corona de rosas y de hojas de *pandanus*, la daba, en medio de la noche, el aspecto de una reina ó de una diosa.

De propósito la hice pasar muy cerca de una cabaña ya vieja y medio oculta entre las altas hierbas y plantas trepadoras: la misma que ella debió habitar en otro tiempo con mi hermano.

—¿Conoces esa cabaña, Taimaha?—la pregunté.

—¡Sí!—me contestó animándose por primera vez.—¡Sí, esa era la cabaña de *Rouéri*!

## XLI

Nos dirigíamos, á aquella hora tan avanzada de la noche, hacia el distrito de Faaa, en donde Taimaha iba á mostrarme á su hijo menor, Atario.

Con una condescendencia, ligeramente bárbara, se había prestado á este capricho mío, capricho que en sus ideas tahitianas apenas si ella se daba cuenta de él.

En aquel país, en donde la miseria es desconocida, y el trabajo inútil; en aquel país, en donde cada uno tiene su puesto al sol y á la sombra y su alimento en los bosques, los niños crecen como la planta, libre y sin cultivo, allí donde el capricho de sus padres les ha colocado. La familia no tiene la cohesión que le da en Europa, á falta de otra causa, la necesidad de luchar por vivir.

Atario, el hijo menor de Taimaha, que había nacido después de la partida de *Rouéri*, habitaba en el distrito de Faaa. A causa de la costumbre general en la Polinesia de la adopción, había sido confiado á la solicitud de *fetii* lejanos de su madre.

Tamaari, el hijo mayor, el que decía Taimaha que tenía la frente y los ojos grandes como *Rouéri* (*te rae, te mata rahi*), habitaba con la anciana madre de Taimaha, en la isla de Moorea, cuya silueta divisábamos á lo lejos en el horizonte.

A la mitad del camino de Faaa, vimos brillar una fogata en un bosque de cocoteros. Taimaha me cogió de la mano y me condujo por el bosque en aquella dirección por un sendero conocido por ella.

Cuando habimos andado algunos minutos en la oscuridad, bajo la bóveda formada por las grandes palmas mojadas por la lluvia, encontramos un cobertizo de paja, en donde había dos mujeres viejas acurrucadas ante una fogata alimentada con ramas de árboles. Después de algunas palabras ininteligibles pronunciadas por Taimaha, las dos viejas se pusieron de pie para poderme mirar mejor, y Taimaha, la misma Taimaha aproximando á mi rostro una rama encendida, se puso á examinarme con extrema atención. Era la primera vez que uno y otro nos veíamos en plena luz.

Cuando hubo terminado su examen, sonrió tristemente. Sin duda había encontrado en mí los rasgos para ella conocidos, de *Rouéri*; el parecido entre los hermanos resalta á los ojos de los extraños, aun entre aquellos hermanos en que éste es vago é incompleto.

Por mi parte pude admirar, utilizando la luz de que se valió para examinar mi rostro, los grandes ojos de Taimaha y el brillo de sus blancos y hermosos dientes, que hacía resaltar más aún el color cobrizo de su tez...

Continuamos nuestro camino en silencio, y bien pronto pudimos ver la cabaña de un distrito entre las negras masas de árboles.

—«¡Tera Faaa!» (Este es Faaa)—dijo sonriendo ligeramente...

Taimaha me llevó a la puerta de una cabaña de *bourao*, oculta bajo árboles de pan, manzanos y tamarindos.

Todo el mundo parecía profundamente dormido en el interior, y, á través del tejido de la pared, Taimaha llamó suavemente para que abrieran la puerta.

Una luz brilló de pronto, y un viejo, sin más traje que el *pareo*, se presentó en la puerta indicándonos por señas que penetrásemos.

La cabaña era grande; era una especie de dormitorio oscuro en donde había acostados una porción de ancianos. La lámpara indígena, alimentada con aceite de coco, no proyectaba más que una cenfusa claridad en la cabaña, y dibujaba apenas aquellas formas humanas sobre las cuales pasaba en cambio, sin que hubiera nada que se lo estorbase, el aire del mar.

Taimaha se dirigió hacia un lecho de junco

y levantó de él un niño que se apresuró á llevar á donde yo estaba...

—...¡Pues me he equivocado!—dijo cuando se hubo aproximado á la lámpara... ¡Me he equivocado; no es él!...

Le volvió á dejar sobre su camita, y se puso á examinar otros lechos en los cuales tampoco estaba el niño que buscaba. Paseó la humosa lámpara por otra porción de lechos, sin que con ella alumbrara más que rostros de mujeres viejas de piel roja, inmóviles y rígidas; envueltas en sus *pareos* de un azul oscuro con grandes rayas blancas, se las hubiera tomado por momias cubiertas con sus telas mortuorias...

Un relámpago de inquietud brilló un instante en los grandes y aterciopelados ojos de Taimaha.

—Vieja Huahara—dijo llamando á una de las mujeres que dormían—¿Dónde está mi hijo Atario?...

La vieja Huahara se incorporó sobre sus descarnados codos y fijó sobre nosotros su asustada mirada.

—Tu hijo no está ya con nosotros, Taimaha,—dijo la vieja;—ha sido adoptado por mi hermana Tiatiara-honui (*araña*), que vive á quinientos pasos de aquí, al final del bosque de ecoterros...

## XLII

Tuvimos que atravesar todavía el bosque citado por la vieja Huahara, en medio de la oscuridad.

En la cabaña de Tiatlara-honui, la misma escena, el mismo ceremonial para despertarlos, parecido á una evocación de fantasmas.

Despertaron á un niño, y me lo trajeron. El pobrecito se caía de sueño; estaba completamente desnudo. Cogí su cabeza entre las manos y le aproximé á la lámpara que tenía en la suya la vieja *Araña*, hermana de Huahara. El niño, deslumbrado, cerró los ojos.

—¡Sí! ¡Ese es Atario!—dijo desde lejos Taimaha que se había quedado á la puerta.

—¿Es este el hijo de mi hermano?—la pregunté de una manera que debió conmoverla hasta el fondo del corazón.

—Sí—dijo—como comprendiendo que la respuesta era solemne. ¡Sí, ese es el hijo de tu hermano *Rouéri*.

La vieja Tiatlara-honui trajo un vestido encarnado para vestirle; pero el niño se había vuelto á dormir entre mis manos; le besé con mucho cuidado, y le volví á colocar sobre su lecho de estera. Después hice señas á Taimaha

para que me siguiera, y volvimos á emprender la caminata en dirección á Papeete.

Todo esto había pasado como en un sueño.

Apenas si tuve tiempo de mirarle, y sin embargo, sus rasgos de niño se habían grabado en mi memoria, de igual modo que en la noche una imagen muy viva que hemos visto tan sólo un instante, persiste y reaparece después de que se han cerrado los ojos de nuevo.

Yo estaba extrañamente turbado, y mis ideas trastornadas; había perdido toda idea del tiempo y de la hora que podría ser. Temía ver aparecer el día, y con él, el momento de la salida del *Rendeer*, sin poder volver á mi querida chocita, ni abrazar á Rarahu, a quien acaso no volvería á ver en toda mi vida...

## XLIII

Cuando hubimos salido, Taimaha me preguntó:

—¿Volverás mañana?

—No—la contesté,—parto mañana muy temprano para California.

Un momento después me preguntó con timidez:

—¿*Rouéri* te había hablado de Taimaha?

Poco á poco Taimaha se animaba al hablar; poco á poco parecía despertar de un largo sueño. No era ya la misma criatura indolente y silenciosa; me hacía, con voz conmovida, mil preguntas acerca de aquel á quien ella llamaba *Rouéri*, apareciendo entonces á mi vista tal como yo la había deseado: conservando en medio de un gran amor y de la más profunda tristeza, el recuerdo de mi hermano...

Taimaha había retenido en la memoria minuciosos detalles de mi familia y de mi país, que *Rouéri* la había referido; sabía hasta el nombre que me daban siendo yo pequeño en mi querido hogar; me lo repitió sonriendo, y me recordó al mismo tiempo una historia, olvidada ya por mí, de mi infancia. No puedo describir el efecto que me produjeron aquel nombre y aquellos recuerdos, conservados en la memoria de aquella mujer y repetidos por ella en la lengua polinesiana...

El cielo se había despejado; regresábamos en noche magnífica, y los paisajes tahitianos, alumbrados por la luna en el profundo silencio de las dos de la mañana, tenían un atractivo lleno de encanto y de misterio.

Acompañé á Taimaha hasta la puerta de la cabaña en que vivía en Papeete. Su residencia habitual era la cabaña de la vieja Hapoto, su madre, en el distrito de Tearoa, de la isla de Moorea.

Al separarme de ella la hablé de la época probable de mi regreso, y obtuve de Taimaha la promesa de que se encontraría para aquella fecha en Papeete con sus dos hijos. No sólo me lo prometió, sino que juró cumplirlo; pero al nombrar yo á sus hijos, su rostro se nubló de manera extraña y sombría; sus últimas respuestas eran incoherentes ó burlonas; su corazón se había cerrado; al decirle adiós, la vi tal como debía volverla á encontrar más tarde: incomprensible y salvaje...

## XLIV

Serian cerca de las tres cuando llegué á la tranquila avenida en que Rarahu me esperaba; se sentía ya el húmedo fresco de la mañana—Rarahu, que había permanecido sentada en la oscuridad, me echó los brazos al cuello cuando entré.

La referí todo lo ocurrido aquella extraña noche, rogándola que conservase para sí mis confidencias, porque aquella historia, hacía ya mucho tiempo olvidada, no viniese á ser ahora la comidilla de las mujeres de Papeete.

Era nuestra última noche aquella por en-

tonces; y la incertidumbre del regreso, y las enormes distancias que iban a separarnos arrojaban sobre todos los objetos un velo de indecible tristeza...

En aquellas horas de despedida, Rarahu se mostraba bajo dulce y delicioso aspecto; mostraba bien ser la mujercita de Loti; sus transportes de amor y de lágrimas me conmovían. ¡Todo lo que la afección pura y desolada, la ternura infinita, pueden inspirar al corazón de una niña de quince años, apasionada, lo expresaba ella en su idioma *maori* con expresiones salvajes é imágenes extrañas!

## XLV

Las primeras luces del día vinieron á despertarme. después de algunos momentos que había pasado durmiendo.

En la confusión, en la angustia inexplicable que es particular del despertar, encontraba mezcladas y confundidas estas ideas: la partida, abandonar la isla deliciosa, abandonar para siempre mi cabaña bajo los grandes árboles y á mi pobre y salvaje amigueta, y luego á Taimaha y á sus hijos, aquellos nuevos

seres, apenas entrevistados en medio de la noche, y que venían á última hora á ligarme á aquel país con nuevos lazos...

La triste y blanquecina luz de la mañana filtraba por las rendijas de la cabaña, penetrando también por las ventanas que estaban abiertas...

—...¡Ah! sí, Loti, dijo... es de día y me despiertas porque es preciso que partas.

Rarahu arregló su tocado llorando; se puso el mejor y más bonito de sus trajes; se colocó en la cabeza la corona, ya mustia, y el *tiaré* de la víspera, jurando que hasta mi regreso no se pondría otra corona ni otro *tiaré* más que aquellos.

Entreabrí la puerta del jardín, eché una mirada de despedida á nuestros árboles, á nuestros macizos de plantas; corté una rama de mimosas y una mata de *hierba doncella*, y el gato de Rarahu nos siguió maullando como cuando nos seguía al arroyo de Apiré...

Al amanecer, mi salvaje y querida esposa y yo, cegidos de la mano, bajamos tristes y silenciosos á la playa por última vez.

Había allí numerosa y callada concurrencia, todas las hijas de la Reina; todas las jóvenes de Papeete, á las cuales el *Rendcer* arrebatada amigos ó amantes, estaban allí sentadas en el suelo; algunas lloraban; otras, inmóviles y silenciosas, nos veían llegar sin que

por su rostro se pudiese juzgar de sus sentimientos.

Rarahu se sentó en medio de ellas sin verter una lágrima, y el último bote del *Rendeer* me condujo á bordo...

A eso de las ocho el *Rendeer* levó áncoras al son del silbato. Entonces ví á Taimaha que bajaba también á la playa para verme partir, como doce años antes, teniendo ella diez y ocho, había ido para ver partir á *Rouéri* que no había vuelto.

Taimaha vió á Rarahu, y fué á sentarse á su lado.

Era una hermosa mañana de Oceanía, templada y agradable, á pesar de lo cual se notaban indicios de tormenta; no corría ni el más ligero viento, y gruesas nubes se amontonaban en lo alto de las montañas formando una gran masa oscura, por bajo de la cual el sol de la mañana alumbraba de lleno la playa de Oceanía, los verdes cocoteros y á las mujeres vestidas de blanco.

La hora de la partida aportaba su triste atractivo á aquel gran cuadro que iba á desaparecer de nuestra vista.

## XLVI

Cuando el grupo de tahitianos no fué ya más que una masa confusa, la cabaña abandonada de mi hermano *Rouéri* continuó aún siendo visible al borde del mar, y mis ojos permanecieron largo tiempo fijos en aquel punto perdido entre los árboles.

Las nubes que ocultaban las montañas descendían rápidamente sobre Tahiti, formando una especie de cortinón inmenso tras el cual iba á desaparecer bien pronto la isla entera. El agudo pico de la montaña de Fataoua, se vió aun cortos momentos por una desgarradura de los nubarrones; después de todo desapareció tras la espesa y sombría masa de negras nubes. Un fuerte viento alisio se levantó en el mar, que empezó á agitarse con violencia, y fuerte lluvia de tempestad comenzó á caer.

Bajé á lo más profundo del *Rendeer*, á mi oscuro camarote, me arrojé sobre mi cama de marino y me tapé con el *pareo* azul, desgarrado por las espinas de los bosques, que en otro tiempo servía de traje á Rarahu en su distrito de Apiré... Permanecí todo el día allí tendido,

sintiendo ese ruido monótono del barco que camina, el triste ruido de las olas al estrellarse una tras otra sobre los costados del *Rendeer*... Pasé todo el día sumergido en esa especie de meditación triste en que ni se duerme ni se vela, y durante la cual pasaban ante mi imaginación, confundiéndose, cuadros de Oceanía y lejanos recuerdos de mi infancia.

A la escasa luz verdosa que filtraba de la mar, á través del grueso cristal que sirve de ventana al camarote, se dibujaban los extraños objetos esparcidos en él;—adornos que habían formado parte del tocado de los jefes de isla en Oceanía; imágenes embrionarias del dios de los *maoris*; sus gesticulantes ídolos; ramas de palmeras; ramas de coral; ramas cualesquiera arrancadas á última hora de los árboles de nuestro jardín; coronas marchitas, y aunque marchitas, olorosas, de Rarahu ó de Ariitá,—y el último ramo de *hierba doncella* cortado á la puerta de nuestra morada.

## XLVII

Poco después de la puesta del sol, debía encargarme del servicio del cuarto; subí al entrepunte. El aire al darme de lleno, la brisa,

al azotarme el rostro, me despertaron á la vida real, sentimiento completo de la partida.

Aquel á quien yo reemplazaba para el servicio de noche, era John B., mi querido hermano John, cuya afección por mí, dulce y profunda, era hacia mucho tiempo mi gran recurso en los dolores de la vida.

—«Dos tierras á la vista, Enrique, me dijo John al *entregarme el cuarto*; míralas allí á nuestra espalda, no necesito nombrártelas; debes conocerlas bien.»

«Dos siluetas lejanas, dos sombras apenas visibles en el horizonte: la isla de Tahiti y la isla de Moorea...»

John permaneció á mi lado hasta hora muy avanzada de la noche; le referí llorando cómo había pasado yo la anterior, pues él tenía tan sólo noticia de que la había empleado en una larga caminata, y presumía que le ocurría algo triste é inesperado. Hacía mucho tiempo que yo no lloraba, pero desde la víspera sentía gran necesidad de llorar; en la oscuridad del banco de servicio nadie lo vió más que mi hermano John; allí, á su lado, á solas con él, lloré como un niño.

La mar estaba gruesa, y el viento nos impedía rudamente en la oscura noche. Este era el despertar, la vuelta al duro oficio de marino, después de un año de ensueño enervador y delicioso en la isla más voluptuosa de la tierra...

...«Dos siluetas lejanas, dos sombras apenas visibles en el horizonte: la isla de Tahiti y la isla de Moorea...»

La isla de Tahiti—en donde está Rarahu en estos momentos llorandó en mi cabaña desierta, en mi querida cabañita que azotan la lluvia y el viento de la noche—y la isla de Moorea, en que habita Taamari, el niño que tiene *la frente y los ojos de mi hermano...*

¡Aquel niño que es el hijo mayor de la familia, que se parece á mi hermano Jorge, cosa extraña, es un salvaje y se llama Taamari! La patria le será siempre desconocida, y mi anciana madre no le verá jamás. A pesar de todas estas reflexiones, su recuerdo me causa dulce tristeza, casi una impresión consoladora. Al menos, todo lo que era Jorge no se ha extinguido, no ha muerto con él...

Yo también, yo que acaso seré bien pronto arrebatado por la muerte en cualquier país lejano, arrojado en la nada, ó en la eternidad, yo también quisiera revivir en Tahiti, revivir en un niño que sería mi sangre mezclada con la de Rarahu; yo encontraría singular alegría en la existencia de ese lazo supremo y misterioso entre ella y yo, en la existencia de un niño *maorí*, que seríamos nosotros dos fundidos en una sola y misma criatura...

No creía amar tanto á la pobrecita. Estoy unido á ella de una manera irresistible y para

siempre; ahora, más que nunca, es cuando tengo verdadera conciencia de ello. ¡Dios mío, cuánto amaba yo ese país de Oceanía! Ahora tengo dos patrias, bien lejanas la una de la otra, es verdad; pero volveré á la que ahora acabo de abandonar, y acaso acabarán en ella mis días. ¡Quién sabe!...